

Gustavo Adolfo
Bécquer
CUADERNO DIDÁCTICO



Junta de Andalucía
Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico

AGENCIA ANDALUZA DE INSTITUCIONES CULTURALES



Andalucía
ORIGEN & DESTINO
Centro Cooperador de la Promoción Cultural y del Arte

JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA
Y PATRIMONIO HISTÓRICO

Consejera de Cultura y Patrimonio Histórico
Patricia del Pozo Fernández

Viceconsejero de Cultura y Patrimonio Histórico
Alejandro Romero Romero

Secretaría General de Innovación Cultural y Museos
Mar Sánchez Estrella

Directora General
de Innovación Cultural y Museos
María Pía Halcón

Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
Directora Mar Sánchez Estrella

Centro Andaluz de las Letras
Directora Eva Díaz Pérez

EDITOR
Francisco Robles Rodríguez

© DE LA EDICIÓN, JUNTA DE ANDALUCÍA
Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico

© DE LOS TEXTOS, sus autores

EDITA
JUNTA DE ANDALUCÍA
Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico

DISEÑO GRÁFICO
Manuel Ortiz

ISBN: 978-84-9959-360-9
Depósito legal: 1906-2020
Imprime: Gandulfo Impresores S.L.



CENTRO ANDALUZ DE LAS LETRAS

Sumario

ESTUDIO INTRODUCTORIO 4

SELECCIÓN COMENTADA DE TEXTOS

Rimas [selección] 14

Leyendas [selección]

La venta de los gatos 19

Maese Pérez el organista 31

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA 51

PRESENTACIÓN

Bécquer, el creador total

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER (SEVILLA, 1836 – MADRID, 1870) es el protagonista de esta nueva entrega de la colección de cuadernos didácticos con la que la Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico, a través del Centro Andaluz de las Letras, quiere difundir la obra de nuestros clásicos andaluces. En estas breves páginas que ahora presentamos encontraremos la vida y la obra del poeta sevillano narradas por el escritor y periodista Francisco Robles, reconocido becqueriano que demuestra la vigencia actual del artista. Nuestro primer poeta de la modernidad es desvelado como un creador total que se sale de todas las etiquetas que se le han colocado hasta el momento.

La obra de Gustavo Adolfo Bécquer siempre ha formado parte de la programación educativa como lectura fundamental en los centros escolares, ya sea con la selección de sus rimas o las leyendas. Sin embargo, en este cuaderno Francisco Robles intenta mostrar algo más: las múltiples dimensiones del escritor. En estas páginas veremos al Bécquer periodista, al viajero, al amante de la música y el teatro, al dibujante. Incluso al Bécquer político que también sufrió los vaivenes del siglo convulso que le tocó vivir.

Con este cuaderno queremos también conmemorar el 150 aniversario de la muerte de uno de nuestros más grandes poetas paseando por su vida y deteniéndonos en la lectura de algunos textos escogidos. Francisco Robles ha elegido algunas rimas de Bécquer añadiéndoles oportunos comentarios que ayudarán a contextualizar y comprender el sentido final de cada poema. Y entre las leyendas del escritor sevillano ha escogido dos relacionadas especialmente con su ciudad natal: *La venta de los gatos* y *Maese Pérez el Organista*. Esperamos que a través de la lectura de estos textos clásicos los estudiantes se adentren en el fascinante y riquísimo mundo becqueriano para que definitivamente forme parte de sus vidas.

Patricia del Pozo Fernández
Consejera de Cultura y Patrimonio Histórico
Junta de Andalucía

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

FRANCISCO ROBLES RODRÍGUEZ



Lápida conmemorativa en la casa natal de Bécquer.

INTRODUCCIÓN

Gustavo Adolfo Bécquer está tocado por esa ala de la fantasía que lo convierte en un ser imaginario. A partir de este instante podemos declarar lo que queramos. Podremos decir que fue poeta, que escribió las *Rimas*, que publicó en vida las *Leyendas*, que fue director de periódicos... pero hay algo que se nos escapa continuamente. Algo que pervive más allá de su calidez humana, de su instinto por llegar al fondo de las cosas. Eso que los poetas siempre han denominado con palabras que traspasan el duende. Ese algo es el «no sé qué» que quedan balbuciendo...

Para hacernos una idea de este proceso, lo primero es investigar a fondo la vida y la obra del poeta. En el caso de Bécquer, tenemos presente su peripecia vital y su forma de escribirla. También tenemos ecos de su forma de acercarse a la poesía. Esto es algo completamente nuevo, nadie hasta su época se había acercado a la poesía de esa forma tan tajante y abierta, dejando en el aire las notas que suceden a lo entrevisto en el poema.

En este sentido hay que aclarar su gusto y su pasión por las palabras escritas por los predecesores. Bécquer fue un artífice de lo hecho y un sabio que se encargó de dirigir sus datos a la mejor poesía española que se estaba escribiendo en su época: la que él hacía. En su obra nos encontramos con pasajes de una poesía verdaderamente sorprendente. Su estilo, depurado y refinado hasta el extremo, es una demostración palpable de que el flamenco y la poesía popular, cuando se dan la mano, pueden llegar a lo más alto de nuestra literatura.

Así pues, Bécquer está por derecho propio en la cumbre de nuestros mejores y más activos poetas. En las *Rimas* y en las *Leyendas* está el mejor caudal que la poesía española ha podido dejar en el siglo XIX. Si miramos hondo, comprenderemos que sus versos, publicados cuando él murió, conforman un verdadero tratado de poesía que sólo podremos entender los que hayamos leído a fondo su obra poética.

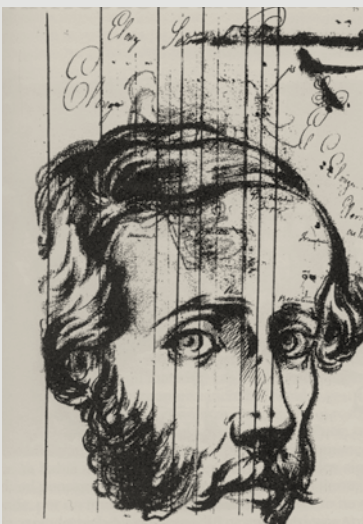
Retrato de Gustavo Adolfo Bécquer, por Valeriano Bécquer, Museo de Bellas Artes (Sevilla).

LOS ORÍGENES

Gustavo Adolfo Domínguez Bastida Bécquer nació en la Sevilla de 1836. Su padre era un impulsor muy decidido de la pintura costumbrista sevillana y un apreciado retratista, que alcanzó notable prestigio y una buena posición económica en su corta vida (1805 – 1841). La familia redujo gastos y buscó una casa más modesta y barata en la calle del Espejo, la actual Pascual de Gayangos, número 12. En esa casa murió la madre, llamada Joaquina, el 27 de febrero de 1847. Los huérfanos se trasladaron entonces al 37 de la Alameda de Hércules, donde vivían sus tías, María y Amparo Bastida. Esto iba a ser el signo que marcaría la vida de Bécquer. En esa misma casa vivía Julia Cabrera, tal vez el primer amor sevillano de Gustavo Adolfo, quien había aprendido lo que era el desamor en carne propia.

En los talleres de su tío Joaquín Domínguez Bécquer y del pintor Antonio Cabral Bejarano, tuvo grandes aptitudes para el dibujo y la pintura. A partir de ahí se edificó una biografía detallando hasta los hipotéticos autores que leyó en la biblioteca de su madrina. La madre del poeta estuvo muy preocupada por la educación de sus hijos, le ofreció el Colegio San Francisco de Paula, que se encontraba en la calle de las Palmas, y de ahí pasó al Cole-

[...] nadie hasta su época se había acercado a la poesía de esa forma tan tajante y abierta, dejando en el aire las notas que suceden a lo entrevisto en el poema.



Dibujos de G. A. Bécquer en el *Libro de cuentas*. Biblioteca Nacional de España.

gio de San Telmo, donde ingresó en 1846. Tuvo un peso decisivo en la conformación de sus gustos y su manera de escribir. Sin embargo, dio pruebas de vocación literaria. En poesía van desde ejercicios de retórica clasicista a descarados poemas eróticos. En formación plástica, demostró tener una excelente mano para el dibujo.

Tras pasar años trabajando con su tío, Joaquín Domínguez Bécquer, en su estudio, había continuado su arte, y ahora, instalado su estudio en el Salón del Apeadero del Alcázar de Sevilla, era uno de los pintores más estimados de la ciudad. Aquel adolescente, era cualquier cosa menos anodino. Por su cabeza pasaron la gloria literaria, y estuvo alentado por el éxito de otros jóvenes amigos suyos: Nombela, Campillo, García Luna. Juntos concibieron el proyecto de trasladarse a Madrid, donde esperaban alcanzar reconocimiento.

LA LLEGADA A MADRID

Bécquer se instala en Madrid como un escritor mucho más maduro de lo que su aspecto podía ofrecer. Cuando aún tenía 18 años, en otoño de 1854, llega con una carta dedicada al Duque de Rivas, un pequeño poemita y la tragedia clásica que está concluyendo. Confiesa que ha visto en Madrid muchos poetas endebles, tantos o más que en Sevilla. Se entrevistó con el Duque de Rivas, Bretón, Hartzenbush o Narciso Serra.

Se desplazó a Madrid siguiendo un esquema de viaje que podía dedicarlo a vivir de la pluma. Había llegado a la Puerta del Sol un día de otoño de 1854 tras 12 días de viaje. Hay que tener en cuenta, que el trayecto empleado en desplazarse hasta la Corte en aquella época era así de largo. Llegaba a Madrid con la cabeza llena de ambiciosos proyectos y se dedica a ponerlos en marcha. Se relaciona con personas influyentes que lo introdujeron en los medios culturales y políticos.

El 19 de septiembre de 1855, en el periódico *La España*, aparece en la lista de personalidades que participa en el baile internacional en el Teatro Real para recaudar fondos para ayudar a los soldados heridos en la Guerra de Crimea.



El proyecto más ambicioso era una historia de España que Bécquer finalmente quedaría en entregar. Lo hizo reduciéndola al primer tomo de la *Historia de los Templos de Toledo*. Se trataba de hacer un gran poema en el que la fe cristiana sencilla y humilde ofreciera el incomparable cuadro de la belleza del catolicismo.

HISTORIA DE LOS TEMPLOS DE ESPAÑA

El 9 de agosto de 1857 fueron recibidos los miembros de la redacción de *Historia de los Templos de España* en la Audiencia del Palacio. Figura Gustavo Adolfo Bécquer y Juan de la Puerta Vizcaíno como comparecientes. Después todo se complicó y el proyecto acabó ruinosamente en los Tribunales.

Otra parte de su esfuerzo lo dirigió hacia el teatro, escribiendo varios dramas en colaboración. Los libretos de zarzuela eran el género en boga en aquel momento. La palabra musical se encargó de la polémica con el señor Larra con motivo del estreno de la *Cruz del Valle*, en 1860. En esta nueva actividad, aparecerá en varias noticias sobre ópera y zarzuela.

Bécquer, junto con sus amigos Rodríguez Correa y García Luna, figuran en la lista de autores que aportaban obras. En la lista de obras que se iban a representar figura *La venta encantada*. Este contacto con el mundo del teatro musical llevó a Gustavo Adolfo a establecer relación con el maestro Joaquín Espín y Guillén en el libreto de zarzuela *El Talismán*. Hoy contamos con un corpus becqueriano notable, y hasta se ha podido perfilar su poética teatral, que invita a ver toda su literatura bajo una visión teatralizada del mundo y de la existencia.

Los elogios se prodigaron al poeta a lo largo de su existencia. El 26 de septiembre de 1862 Jose María Goizueta resaltó «las dotes pocos comunes del señor Bécquer para versificar, así como la facilidad con que sabe acomodar el metro al ritmo de una música de difícil acentuación». Gustavo Adolfo vivió con intensidad su dedicación al teatro como creador y como crítico, atendiendo tanto a sus cualidades estéticas como la sociabilidad que generaba en el Madrid de su tiempo.

*Su estilo, depurado
y refinado hasta
el extremo, es una
demostración palpable
de que el flamenco y la
poesía popular, cuando
se dan la mano pueden
llegar a lo más alto de
nuestra literatura.*

SU RELACIÓN CON JULIA ESPÍN

Gustavo Adolfo parece haber vivido un intenso idilio con una de las hijas de Espín. La serie de cartas y álbumes que le encontraron dieron la clave de su relación con Julia Espín. Para ello, luchaba por convertirse en una soprano profesional reconocida. Tenía que ver todo esto con la imagen falsa que se creó de Julia Espín: se trasladan al estudio sus relaciones que tienen más que ver con su concepción idealizada de mujer.

Los álbumes de Julia Espín denotan una relación intensa, pero aún insuficientemente esclarecida. Julia es para nosotros un símbolo de la mujer en Bécquer. Un símbolo quizá un tanto manoseado por las biografías al uso, lo que ha hecho reaccionar en contra a algún que otro historiador del poeta. Julia Espín es sueño, pero también es realidad en la vida de Gustavo. De Dante eran precisamente las citas y el asunto del poema XXIX, como de Julia eran los rizos negros que rozaron la mejilla de Bécquer.

*Sobre la falda tenía
el libro abierto;
en sus mejillas tocaban
sus rizos negros.*

Nada se sabe en concreto sobre las relaciones del poeta con su musa. Posiblemente, ella accediese ante la insistencia de Gustavo, pero no creemos que la relación fuera intensa y duradera. Bécquer, con esa inevitable venda del enamorado, creía ver amor donde sólo existió indiferencia. Debido a su extraordinaria impresionabilidad, el poeta tenía bastante desarrollado eso que a la manera unamuniana podríamos llamar «el sentimiento trágico del amor». A las pocas rimas que hasta ahora había escrito, sumaría otra llena de desdén como ésta.

*¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable,
Es altanera y vana y caprichosa;
Antes que el sentimiento de su alma,
Brotará el agua de la estéril roca.*

*Debido a su
extraordinaria
impresionabilidad, el
poeta tenía bastante
desarrollado eso que a
la manera unamuniana
podríamos llamar el
sentimiento trágico del
amor.*

*Sé que un corazón, nido de sierpes,
No hay una fibra que al amor responda;
Que es una estatua inanimada... pero...
¡Es tan hermosa!*

BÉCQUER PERIODISTA

Gustavo Adolfo consiguió abrirse paso en la prensa como periodista crítico en 1860, cuando José Luis Albareda fundó *El Contemporáneo*, aceptando una plaza de redactor que le habían ofrecido. Este periódico iba a apoyar al partido conservador liderado por Ramón de Narváez y por Luis González Bravo, que resultaría el gran valedor político del poeta en los años siguientes.

Política y literatura se van a mezclar en su vida durante toda aquella década, que se iniciaba con buenas expectativas, estabilidad laboral y emocional: su casamiento se produjo apenas unos meses después. En aquel periódico se consolidó su nombre de

Cabecera de
El Contemporáneo.
Madrid, 1862.





Retrato de G.A. Bécquer.

periodista, realizando en sus páginas las funciones más diversas, desde la de redactor de anónimos de sueltos a director en el último tramo de la publicación. En sus páginas aparecieron por primera vez una parte significativa de sus mejores escritos en prosa y hasta algún poema suelto.

Atrás quedaron varios intentos dramáticos, mientras que otros proyectos no se iban a transmitir al futuro sino como noticias bastante imprecisas. Su vida familiar sufrió altibajos y antes de concluir la década se produciría la separación de su esposa. El novio pidió el 3 de abril de 1861 al vicario que se le formase el correspondiente expediente. En realidad lo que se pretendía era celebrar la boda con el mayor sigilo. Los 3 testigos que informaron sobre los contrayentes fueron personas cercanas a Gustavo Adolfo, entre los que destaca Augusto Ferrán, a quien había conocido a finales de 1858. La boda se celebró días después.

El nuevo matrimonio comenzó a vivir con los ingresos del poeta, aceptando el puesto de censor de novelas al que siguió unido con los altibajos propios de entonces. Pero antes se produjeron algunos acontecimientos personales ineludibles para comprender el último tramo de su vida. Fueron estos el nacimiento de su hijo Gregorio Gustavo Adolfo Bécquer Esteban, la llegada de Valeriano a Madrid entre 1861 y 1862 y particularmente, a efectos de su evolución artística, su larga estancia en el monasterio de Veruela durante gran parte de 1864. El 15 de septiembre de 1865 nacería en Madrid su segundo hijo, Jorge Bécquer Esteban.

VERUELA: LA ARCADIA MODERNA (1864)

La vida del poeta y la de su hermano Valeriano, sus estancias en Veruela, se han contado rodeándolas por un halo de fantasía. Se suman una supuesta conversión del poeta a la religión cristiana como si alguna vez hubiera estado lejos de ella, a su trato con brujas o la búsqueda apasionada de un tesoro. Durante los últimos años se han descubierto estas imaginaciones. Tras haber sido desamortizado y subastado, en parte quedó en manos del estado, abriéndose una hospedería en la celda del monasterio nuevo, construido en el siglo XVII. El gran empaque de sus construcciones, su aislamiento y su abandono, lo habían convertido en un lugar pintoresco al que acudían curiosos viajeros y a donde



Retrato de Valeriano Bécquer.

se hizo más cómodo llegar al lugar e instalarse en él al contar con habitaciones que se alquilaban a módicos precios.

A este apartado lugar llegaron Gustavo Adolfo, con su esposa e hijos, al igual que su hermano. No para una estancia breve, sino prolongada, iniciada quizás en los últimos días de 1863 o a principios de 1864. La estancia en Veruela no resultó placentera en los primeros meses por la crudeza del clima y la soledad del lugar. Además, Gustavo Adolfo cayó gravemente enfermo, suspendiendo la colaboración en *El Contemporáneo* de la serie literaria de cartas dirigidas *Desde mi celda* tras su segundo envío.

Estas habían empezado a publicarse sin firma en la sección de «Variedades» del periódico el 3 de mayo. Al alejamiento de la vida urbana y la modernidad, lo acompañaban diferentes maneras de viajar y de transporte: desde el más moderno —el ferrocarril— al ancestral e incómodo procedimiento de desplazarse por caminos de herraduras a lomo de la caballería. El poeta lo lee o se entrega a sus ensoñaciones, saliéndose insensiblemente de la prisión del tiempo para sumergirse en otro mundo donde es el ritmo de las estaciones y no el reloj quien va marcando el devenir de las cosas.

En la carta publicada el 12 de mayo, el poeta describió con fina y sensitiva prosa, dando lugar a unas memorables páginas de literatura pintoresca arqueologista, pero abriendo un camino hacia las modernas impresiones de viaje. En la carta publicada ahora, saliendo de su grave enfermedad, narraba una corta excursión al cercano pueblo de Trasmoz. Allí le impresionaron su castillo en ruinas y su moderno cementerio, donde Bécquer realizó un profundo examen de conciencia. Es conmovedor contemplar cómo su vida anterior y sus sueños infantiles de alcanzar la gloria literaria aparecen en sus páginas deseando seguir con una vida más sencilla y oculta.

Los envíos quedaron cortados con la publicación de la carta del 17 de julio de 1864, y hasta el 6 de octubre no quedaría redondeada la serie con la publicación de una nueva entrega. En el intervalo, Bécquer viajó a las playas del norte a tomar los baños que había previsto, cubrió como reportero la inauguración de la línea del Ferrocarril del Norte o a finales de septiembre viajó de nuevo a Veruela para recoger a su familia y reintegrarse a la vida política que frecuentaba.



VÍSPERAS REVOLUCIONARIAS 1864-1868

En septiembre de 1864 Luis González Bravo fue nombrado Ministro de Gobernación por el general Narváez. En *El Contemporáneo*, el 9 de noviembre Gustavo Adolfo Bécquer fue nombrado director, ocupando el puesto hasta mediados de febrero de 1865. También su hermano Valeriano se benefició de la nueva situación y le fue concedida, el 6 de febrero de 1865, una pensión para viajar por España pintando cuadros de costumbres tradicionales. Los hermanos Bécquer y sus familias recibieron, en 1865, una notable mejora en su situación económica. Se codeaban ahora con la gente de la mejor sociedad y eran recibidos en notables salones de la Corte.

Pero el carrusel de la política española corría desenfrenado y la inestabilidad era creciente. Gustavo Adolfo se implicó en ese mundo como nunca lo había hecho antes: a finales de marzo inició su andadura el periódico *Los Tiempos*, destinado a defender la política de González Bravo. Gustavo Adolfo fue su director mientras duró su publicación, distanciándose de otros compañeros de *El Contemporáneo*, que se decantaban por otros sectores de la unión liberal. La situación política se hizo insostenible tras los luctuosos sucesos de la Noche de san Daniel, lo que provocó el enfrentamiento de Gustavo Adolfo con sus compañeros de *El Contemporáneo* en las semanas siguientes.

Diferente fue su colaboración en las páginas de *El Museo Universal* durante la segunda mitad del año, comentando grabados realizados sobre dibujos de su hermano Valeriano y otros artistas cercanos. A comienzos de 1866 fue nombrado director literario de la revista. Fueron muchos los textos que preparó y que formaron parte de la edición de las *Rimas*. Entre ellos destacan las rimas V, «Espíritu sin nombre» (28 – I), la XI, «Yo soy ardiente, yo soy morena» (2 – II), la XV, «Tú y yo» (4 – III), la XXIV, «Dos rojas lenguas de fuego» (18 – III) y la patética rima LXIX, encabezada con el lema calderoniano «¡La vida es sueño!», «Al brillar un relámpago nacemos».

El panorama político era endiablidamente confuso y los dos hermanos parecen haberse refugiado en la sátira política en la revista *Gil Blas*, firmando algunas colaboraciones como Sem. Destacan la colección de acuarelas antimonárquicas, *Los Borbones en pelota*, que ha dado lugar a una copiosa pero engañosa bibliografía asociada al nombre de los hermanos Bécquer. Nada prueba a día de hoy que fueran autores de estas acuarelas y de los pies que la comentan.

LAS RIMAS NACEN

El 22 de junio se produjo la sublevación de los sargentos del cuartel madrileño de san Gil, dando lugar a una intensa crisis política que favoreció la vuelta de Narváez al poder y Gustavo Adolfo Bécquer fue nombrado censor otra vez, lo que seguramente hizo que no tardara en dejar la dirección de *El Museo Universal* (12 de agosto). Esto no impedía que mantuviera la confianza de los jóvenes artistas que lo eligieron miembro del jurado de la Exposición de Bellas Artes. Se reconocía así su reputación de crítico de arte y su prestigio como escritor de periódico.

Sin embargo, a lo largo de 1867 y parte de 1868, se prodigó poco en la prensa hasta donde sabemos. Anduvo durante aquellos meses recogiendo y copiando sus poemas en limpio con vistas a su publicación, que iba a prologar nada menos que Luis González Bravo. Sin embargo, el 18 de septiembre se inició el movimiento revolucionario que destronó a Isabel II y provocó la caída de González Bravo, perdiéndose el manuscrito que Bécquer había preparado de su poesía al ser asaltada la vivienda del político en Madrid. Al manuscrito perdido durante el asalto del domicilio en la jornada revolucionaria de la revolución de septiembre, se añade otra posible pérdida de una edición en curso.

Se frustró, por lo tanto, aquel primer intento de edición del libro de sus poemas que sólo con cuentagotas iban llegando a los lectores de la prensa. Y se abrió de paso otras de las líneas de especulación becqueriana nunca cerrada del todo: la posible existencia de aquel libro perdido, que nadie ha podido demostrar que ha visto, aunque no falta quien ha afirmado haberlo tenido en sus manos. Por otro lado, se produjo la separación de su esposa por la infidelidad de ésta mientras estaban veraneando en Noviercas (Soria).

UNA DECADENCIA

Bécquer dejó su puesto de censor de novelas en octubre y a Valeriano le retiraron la pensión, con lo que de nuevo volvieron a encontrarse en una situación económica precaria. Dependían para vivir de los ingresos de sus colaboraciones en *El Museo Universal*, de algún encargo editorial de su empresa o de las ventas de las pinturas de su hermano. Se retiraron a Toledo, donde residieron gran parte del año 1869 en una

célebre y mitificada «casa del laurel», en la calle de san Ildefonso. Allí había un árbol de esta especie y el poeta lo recogió en un dibujo incluido en el *Libro de los gorriones*.

De cómo fue su vida en aquellos meses bien poco se sabe, aunque se han ideado nuevos amores y otros episodios novelescos. El tesón de los buscadores de documentos becquerianos ha recuperado algunas cartas que pueden dar una idea de sus avatares en aquellos meses. En la primera de ellas – dirigida a un destinatario desconocido y fechada en «Toledo, 22 de julio, 1869» – le agradecía el dinero que le había enviado y le comentaba que don Juan Varela le había pagado parte de los 500 reales que le debía por un cuadro.

Una nueva carta dirigida a un «destinatario dudoso» comenta cosas de los niños y pregunta por Gustavín. El texto da a entender que se encontraba en el norte de España, entre Bilbao y Portugaleta, a donde quizás había hecho una escapada para tomar los baños y para conseguir algún encargo para su hermano Valeriano.

O esta otra carta dirigida a Casta Esteban sobre asuntos domésticos. Se habían separado, aunque continuaba habiendo comunicación entre ellos, y le ayudaba cuando y cuanto podía. Todo aquel año trascurrió procurando enderezar su situación económica. Para entonces, sin embargo, debían estar bastante perfilados sus siguientes proyectos editoriales, y por lo tanto, la esperanza de recuperar la posición anterior dentro del periodismo madrileño.

ÚLTIMOS PROYECTOS PERIODÍSTICOS

Todavía en 1869 Gustavo Adolfo y Valeriano, con sus hijos, se instalaron en un hotelito de la calle Pedro de Heredia en Madrid. Eduardo Gasset y Artime habían decidido fundar *La Ilustración de Madrid*, encargándole a Bécquer la dirección. Intentaron hacer una empresa más nacional, reclamando mayor protección para los dibujantes y grabadores españoles. *La Ilustración de Madrid* mantuvo a ultranza durante los meses en que la dirigió Gustavo Adolfo su programa de compaginar la información con mantener la dignidad artística aprendida en publicaciones ilustradas anteriores. Tiene no poco del periodismo gráfico romántico, manifiesto en los cuidados grabados artísticos, que

Busto de G. A. Bécquer en el monumento dedicado a su memoria del escultor Lorenzo Coullaut Valera. Parque de María Luisa en Sevilla.



estaban siendo sustituidos por otros procedimientos más industriales de fabricación de imágenes.

Las penurias parecían haber quedado atrás nuevamente, pero hacia el final del verano la paz mundial volvió a romperse. Valeriano enfermó otra vez gravemente. La desesperación del poeta es potente en las misivas que conservamos de aquellas semanas. Valeriano falleció el 23 de septiembre, siendo enterrado en el nicho número 423 del Patio del Cristo, en la sacramental San Lorenzo. Gustavo Adolfo quedó sumido en el más absoluto desconsuelo. Rodríguez Correa se refirió a cómo «desde niños la desgracia fue la nodriza de ambos hermanos». Aludió a cómo se encontraba en esos momentos Gustavo Adolfo: «El poeta vive, y llora a su perdido hermano. Tenemos la confianza de que su nombre, si logra algún día verse desligado de misteriosas necesidades del momento, figurará con gloria en nuestro Parnaso».

Gustavo Adolfo, con sus hijos y con sus sobrinos, que habían estado acogidos unos días por Augusto Ferrán en su casa, dejó entonces la Quinta del Espíritu Santo y se trasladó a un piso de la calle Claudio de Coello ayudado por Ramón Rodríguez Correa. Una semana después, la misma revista daba la noticia de que la publicación de la continuación del relato se había tenido que interrumpir por la enfermedad del director. Aquí terminan las publicaciones de Gustavo Adolfo Bécquer en la prensa española.

LA MUERTE DE BÉCQUER

El relato quedó al fin inconcluso al morir Gustavo Adolfo el 22 de diciembre. Junto a su lecho se encontraban Augusto Ferrán y Casta Esteban. A lo largo del día fueron pasando por la casa distintos amigos. Sus imágenes dieron lugar, en el primer caso, al grabado que encabeza sus *Obras* (1861).

La enfermedad que lo llevó a la tumba fue una bronquitis cogida en el trayecto de la Puerta del Sol a su casa en Claudio Coello, sentado en la terraza de cubierta de uno de los nuevos tranvías tirado por caballos que hacían el recorrido. Fueron los días más fríos vividos en Madrid en mucho tiempo. La línea completa no se inauguró hasta

«El poeta vive, y llora a su perdido hermano. Tenemos la confianza de que su nombre, si logra algún día verse desligado de misteriosas necesidades del momento, figurará con gloria en nuestro Parnaso».

Rodríguez Correa



Bécquer en su lecho de muerte, en *Obras*, 1871.

mediados de 1871. Las estadísticas demuestran que el frío durante aquellos días fue muy intenso, y su débil cuerpo no pudo resistirlo.

Fue enterrado al día siguiente en el nicho número 470 del Patio del Cristo, en la sacramental de San Lorenzo. Un grupo de escritores y otros artistas lo acompañaron en el paseo bajo los soportales del patio segundo del cementerio. Acabados los últimos rezos, el cortejo se dispersó conversando unos con los otros sobre qué debían hacer para salvar la memoria del recién desaparecido.

Los principales periódicos madrileños dieron la noticia de la muerte, y continuaron hablando del suceso en los días siguientes. El homenaje popular por sus compañeros de redacción se publicó el 15 de enero del año entrante. Volviendo del entierro de Gustavo Adolfo, sus amigos toman la decisión de editar en forma de libro sus obras junto a los dibujos de su hermano Valeriano, para que fueran más y mejor conocidos, y para ayudar a sus viudas e hijos con los posibles ingresos.

Finalmente, tras diversos avatares, y quedando fuera la obra de Valeriano, las *Obras* del poeta aparecieron en julio de 1871. En un primer momento, la difusión fue lenta, y habría que esperar a la segunda edición de 1877, para que se iniciara la verdadera difusión de sus escritos, en particular de las *Rimas*, que se convirtieron en objeto de imitaciones sin cuento.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER. Cronología

1836 Gustavo Adolfo nació en Sevilla, en la antigua calle Ancha de San Lorenzo número 6, hoy Conde de Barajas. Fue bautizado el 17 de febrero de 1836.

1838 La familia Bécquer se trasladó a la sevillana calle del Potro, al número 27.

1841 En febrero muere su padre, José Bécquer, y la familia tuvo que reducir gastos y trasladarse a una casa más modesta en la calle del Espejo, actual Pascual de Gayangos.

1847 Muere su madre Joaquina el 27 de febrero, conservándose su partida de defunción en la parroquia de San Lorenzo. Los huérfanos se trasladan buscando el amparo de su tía a la Alameda de Hércules, 37.

1852 Vive en la calle Mendoza Ríos, de Sevilla, con su hermano Valeriano.

1854 Bécquer se instala en Madrid con la cabeza llena de ambiciosos proyectos y se dedica a ponerlos en marcha. Se relaciona con personas influyentes que lo introdujeron en los medios culturales y políticos.

1855 En julio, Bécquer buscó el apoyo de la reina, Isabel II, para su proyecto *Historia de los Templos de España*, del que le envió un memorial. El 19 de septiembre aparece en un baile internacional que se celebró en el Teatro Real para recaudar fondos para ayudar a los soldados de la guerra de Crimea.

1857 El 9 de agosto fueron recibidos los miembros de la redacción de la *Historia de los Templos de España* en audiencia en Palacio.

1860 El 1 de septiembre pasa a formar parte de un grupo de actores y cantantes que había constituido una sociedad en el Teatro del Circo. Ese otoño llevó a Gustavo Adolfo a establecer relación con la familia Espín. El 20 de diciembre empieza a publicar críticas literarias.

1861 Escribe su reseña *De la soledad* de Augusto Ferrand, publicada en *El Contemporáneo*. El 3 de abril el poeta le pide matrimonio a Casta Esteban.

1862 El 26 de septiembre José María Goizueta resaltó «las dotes pocos comunes de Bécquer para versificar, así como la facilidad con que sabe acomodar el metro al ritmo de una música de difícil acentuación».

1864 Se traslada a Veruela junto a su hermano Valeriano. Descubre Trasmoz, Añón y otras localidades del entorno. En noviembre fue nombrado director de *El Contemporáneo*, cargo que ocuparía hasta mediados de 1865.

1865 Pasó al mundo de la política en Madrid, aceptando el puesto de censor de novelas.

1867 Fue miembro del jurado de la Exposición de Bellas Artes. Se reconocía así su reputación como crítico de arte.

1868 El 16 de marzo llegó a anunciarse la publicación de sus poesías con un prólogo escrito por el señor González Bravo. En verano se produjo la separación de su esposa por la infidelidad de ésta mientras estaban veraneando en Noviercas, Soria. Bécquer se quedó con la custodia de sus hijos. En septiembre, el manuscrito de las *Rimas* se perdió en el asalto al domicilio de González Bravo.

1869 En septiembre, los hermanos Bécquer se trasladan con sus hijos a Toledo, donde residieron gran parte de ese año en la casa del Laurel. Tiene amores de los que se han pergeñado algunos episodios novelescos. Gustavo Adolfo y Valeriano se instalan en un hotelito de la calle Pedro de Heredia en Madrid. Trabajarán en *La Ilustración de Madrid*, de la que será director.

1870 Muere Valeriano el 23 de septiembre, siendo enterrado en la Sacramental de San Lorenzo, de Madrid. Tres meses después, el 22 de diciembre, Gustavo Adolfo muere a las 13 horas en su lecho, en compañía de Augusto Ferrán y Casta Esteban, con tan solo 36 años.

Rimas [SELECCIÓN]

Se aprecia que en esta Rima las dos primeras partes son negativas y la tercera es positiva. Esto se puede comentar en el significado profundo del poema. En las primeras rimas, las preguntas tratan sobre la predisposición del poeta o de su interlocutor a entender el mundo según las preguntas. Pero no es así, ya que el poeta aparece definitivamente en la tercera rima. En esta composición, el poeta toma la palabra y deshace completamente todas las dudas que había al respecto. Se nota que la disposición para explicar el significado profundo del texto es definitiva. Leyéndola así tratamos de meternos en la cabeza de quien amó tanto de una forma tan verdadera.

RIMA XI

—«Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión,
de ansias de goces mi alma está llena.

¿A mí me buscas?»

—«No es a ti: no».

—«Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,
puedo brindarte dichas sin fin.

Yo de ternura guardo un tesoro.

¿a mí me llamas?»

—«No, no es a ti».

—«Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible:
no puedo amarte».

—«¡Oh, ven; ven tú!»

El poeta coge la Rima y se encarga de lo contrario que ha hecho durante su obra. Con cuatro versos, el último más concentrado que los tres primeros, es capaz de presentarnos la Rima en todo su esplendor. Es una Rima de una alta positividad que responde al estado que provoca el enamoramiento.

RIMA XVII

Hoy la tierra y los cielos me sonrén,
 hoy llega al fondo de mi alma el sol,
 hoy la he visto, la he visto y me ha mirado...
 ¡Hoy creo en Dios!

RIMA XXI

¿Qué es poesía?, dices mientras clavas
 en mi pupila tu pupila azul.
 ¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?
 Poesía... eres tú.

En esta Rima el poeta se deshace y copia el original en un raptó que ha tenido todas las bendiciones becquerianas. De hecho, se trata de la Rima creada ex profeso para su literatura. Los tres primeros versos son largos, mientras el cuarto es muy breve. En este verso corto, se contiene toda la poesía que puede haber. Nunca un poeta se ha quedado tan a gusto a la hora de poner sobre el papel el resumen de su obra escrita.

En esta Rima se suceden los tres periodos por los que suele pasar un poeta. El primero es definitivo. Bécquer cae contra el mundo por algo que le ha pasado pero que aún no queda claro. En el segundo periodo, se nos dice por qué sucede todo lo anterior. Por último, todo queda en una breve confesión que se hace presente para el gusto del confidente. Gracias a esto último, comprendemos la razón de la desesperación y el disgusto que lleva implícito toda la carga que el poeta ha sabido imprimirle a la Rima.

En esta Rima, todo está terminado desde que se inicia. El poeta solo expone su dolor. La Rima está estructurada de una forma que nos parece mágica. Bécquer siente la nube de dolor infinito que está afectándole sus entrañas más hondas. No hay nada que se pueda esperar de aquí. A cambio, solo tendrá el eterno lamento provocado por la persona que ha conseguido esa desesperación. Alguien que presumirá en vano de haberlo dejado para siempre.

RIMA XLII

Cuando me lo contaron sentí el frío
 de una hoja de acero en las entrañas,
 me apoyé contra el muro, y un instante
 la conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche,
 en ira y en piedad se anegó mi alma
 ¡y se me reveló por qué se llora!
 ¡y comprendí una vez por qué se mata!

Pasó la nube de dolor...con pena
 logré balbucear unas palabras...
 y ¿qué había de hacer? era un amigo
 me había hecho un favor... Le di las gracias.

RIMA LX

Mi vida es un erial,
 flor que toco se deshoja;
 que en mi camino fatal
 alguien va sembrando el mal
 para que yo lo recoja.

Leyendas [SELECCIÓN]

Bécquer se enfrenta con una leyenda que traspasará su alma. Al principio se deja embaucar por lo que la leyenda tiene de enamoramiento y de estado dichoso. En esa primera época todo será relativo, y el poeta crecerá con la imaginación poblada de recuerdos que lo harán transitar por los capítulos más bellos de su vida y de su obra. Bécquer llegará a creer que aquellos dos enamorados se casarán y vivirán la vida, tal y como se les ha prometido. La dicha sin fin se estrechará sobre ellos.

La venta de los gatos

En Sevilla, y en mitad del camino que se dirige al convento de San Jerónimo desde la puerta de la Macarena, hay, entre otros ventorrillos célebres, uno que, por el lugar en que está colocado y las circunstancias especiales que en él concurren, puede decirse que era, si ya no lo es, el más neto y característico de todos los ventorrillos andaluces.

Figuraos una casita blanca como el ampo de la nieve, con su cubierta de tejas rojizas las unas, verdinegras las otras, entre las cuales crecen un sinfín de jaramagos y matas de reseda. Un cobertizo de madera baña en sombras el dintel de la puerta, a cuyos lados hay dos poyos de ladrillos y argamasa. Empotradas en el muro que rompen varios ventanillos abiertos a capricho para dar luz al interior, y de los cuales unos son más bajos y otros más altos, éste en forma cuadrangular, aquél imitando un ajimez o una claraboya, se ven, de trecho en trecho, algunas estacas y anillas de hierro que sirven para atar las caballerías. Una parra añorísima que retuerce sus negruzcos troncos por entre la armazón de maderas que la sostiene, vistiéndose de pámpanos y hojas verdes y anchas, cubre como un dosel el estrado, el cual lo componen tres bancos de pino, media docena de sillas de enea desvencijadas y hasta seis o siete mesas cojas y hechas de tablas mal unidas. Por uno de los costados de la casa sube una madreSelva agarrándose a las grietas de las

Sin embargo, el final será mucho peor de lo acostumbrado. Bécquer irá de nuevo a la Venta de los gatos cuando todo haya pasado. Se encontrará con un lugar vacío y sin ánimo ninguno. Sólo dos enterradores borrachos le pondrán algo de un juego macabro a la escena y el resto ya sabemos lo que es. Una despiadada concatenación de hechos que aparecen con el relato y que luego irá profundizando hasta dejar a los dos jóvenes con las almas desnudas. Una estará muerta y el otro seguirá vivo.

De esta manera, se nos presentará el poeta con una leyenda que va mucho más allá de lo que vivió en la realidad: la ciudad se tiñe así con el color de la muerte. Todo está destinado a ella. Incluso las salas más despiadadas de los personajes hacen su aparición en este contubernio tan macabro y surrealista. El resto, para entenderlo, hay que vivirlo...

paredes hasta llegar al tejado, de cuyo alero penden algunas guías que se mecen con el aire, semejando flotantes pabellones de verdura. Al pie del otro corre una cerca de cañizo, señalando los límites de un pequeño jardín, que parece una canastilla de juncos rebosando flores. Las copas de dos corpulentos árboles que se levantan a espaldas del ventorrillo forman el fondo oscuro sobre el cual se destacan sus blancas chimeneas, completando la decoración los vallados de las huertas llenos de pitas y zarzamoras, los retamares que crecen a la orilla del agua, y el Guadalquivir, que se aleja arrastrando con lentitud su torcida corriente por entre aquellas agrestes márgenes hasta llegar al pie del antiguo convento de San Jerónimo, el cual asoma por encima de los espesos olivares que lo rodean y dibuja por oscuro la negra silueta de sus torres sobre un cielo azul transparente.

Imaginaos este paisaje animado por una multitud de figuras, de hombres, mujeres, chiquillos y animales formando grupos a cuál más pintoresco y característico: aquí, el ventero, rechoncho y colorarote, sentado al sol en una silleta baja, deshaciendo entre las manos el tabaco para liar un cigarrillo y con el papel en la boca; allí, un regatón de la Macarena, que canta entornando los ojos y acompañándose con una guitarrilla mientras otros le llevan el compás con las palmas o golpeando las mesas con los vasos; más allá, una turba de muchachas, con su pañuelo de espumilla de mil colores y toda una maceta de claveles en el pelo, que tocan la pandereta, y chillan, y ríen, y hablan a voces en tanto que impulsan como locas el columpio colgado entre dos árboles, y los mozos del ventorrillo que van y vienen con bateas de manzanilla y platos de aceitunas, y las bandas de gentes del pueblo que hormiguean en el camino; dos borrachos que disputan con un majo que requiebra al pasar a una buena moza; un gallo que cacarea esponjándose orgulloso sobre las bardas del corral; un perro que ladra a los chiquillos que le hostigan con palos y piedras; el aceite que hierve y salta en la sartén donde fríen el pescado; el chasquear de los látigos de los caleseros que llegan levantando una nube de polvo; ruido de cantares, de castañuelas, de risas, de voces, de silbidos y de guitarras, y golpes en las mesas, y palmadas, y estallidos de jarros que se rompen, y mil y mil rumores extraños y discordes que forman una alegre algarabía imposible de describir. Figuraos

todo esto en una tarde templada y serena, en la tarde de uno de los días más hermosos de Andalucía, donde tan hermosos son siempre, y tendréis una idea del espectáculo que se ofreció a mis ojos la primera vez que, guiado por su farsa, fui a visitar aquel célebre ventorrillo.

De esto ya hace muchos años: diez o doce lo menos. Yo estaba allí como fuera de mi centro natural: comenzando por mi traje y acabando por la asombrada expresión de mi rostro, todo en mi persona disonaba en aquel cuadro de franca y bulliciosa alegría. Parecióme que las gentes, al pasar, volvían la cara a mirarme con el desagrado que se mira a un importuno.

No queriendo llamar la atención ni que mi presenciase hiciese objeto de burlas más o menos embozadas, me senté a un lado de la puerta del ventorrillo, pedí algo de beber, que no bebí, y cuando todos se olvidaron de mi extraña aparición saqué un papel de la cartera de dibujo que llevaba conmigo, afilé un lápiz y comencé a buscar con la vista un tipo característico para copiarlo y conservarlo como un recuerdo de aquella escena y de aquel día.

Desde luego, mis ojos se fijaron en una de las muchachas que formaban alegre corro alrededor del columpio. Era alta, delgada, levemente morena, con unos ojos adormidos, grandes y negros y un pelo más negro que los ojos. Mientras yo hacía el dibujo un grupo de hombres, entre los cuales había uno que rasgueaba la guitarra con mucho aire, entonaban a coro cantares alusivos a las prendas personales, los secretillos de amor, las inclinaciones o las historias de celos y desdenes de las muchachas que se entretenían alrededor del columpio, cantares a los que a su vez respondían éstas con otros no menos graciosos, picantes y ligeros.

La muchacha morena, esbelta y decidora que había escogido por modelo llevaba la voz entre las mujeres y componía las coplas y las decía, acompañada del ruido de las palmas y las risas de sus compañeras, mientras el tocador parecía ser el jefe de los mozos y el que entre todos ellos despuntaba por su gracia y sus desenfadado ingenio.

Por mi parte, no necesité mucho tiempo para conocer que entre ambos existía algún sentimiento de afección que se revelaba en sus cantares, llenos de alusiones transparentes y frases enamoradas.

Cuando terminé mi obra comenzaba a hacerse de noche. Y en la torre de la catedral se habían encendido los dos faroles del retablo de las campanas y sus luces parecían los ojos de fuego de aquel gigante de argamasa y ladrillo que domina toda la ciudad. Los grupos se iban disolviendo poco a poco y perdiéndose a lo largo del camino entre la bruma del crepúsculo, plateada por la luna, que empezaba a dibujarse sobre el fondo violado y oscuro del cielo. Las muchachas se alejaban juntas y cantando, y sus voces argentinas se debilitaban gradualmente hasta confundirse con los otros rumores indistintos y lejanos que temblaban en el aire. Todo acababa a la vez: el día, el bullicio, la animación y la fiesta, y de todo no quedaba sino un eco en el oído y en el alma, como una vibración suavísima, como un dulce sopor parecido al que se experimenta al despertar de un sueño agradable.

Luego que hubieron desaparecido las últimas personas doblé mi dibujo, lo guardé en la cartera, llamé con una palmada al mozo, pagué el pequeño gasto que había hecho y ya me disponía a alejarme cuando sentí que me detenían suavemente por el brazo. Era el muchacho de la guitarra que ya noté antes y que mientras dibujaba me miraba mucho y con cierto aire de curiosidad. Yo no había reparado que, después de concluida la broma, se acercó disimuladamente hasta el sitio en que me encontraba con el objeto de ver qué hacía yo mirando con tanta insistencia a la mujer por quien él parecía interesarse.

—Señorito —me dijo con un acento que él procuró suavizar todo lo posible—, voy a pedirle a usted un favor.

—¡Un favor! —exclamé yo, sin comprender cuáles podrían ser sus pretensiones—. Diga usted; que si está en mi mano es cosa hecha.

—¿Me quiere usted dar esa pintura que ha hecho?

Al oír sus últimas palabras no pude menos de quedarme un rato perplejo; extrañaba, por una parte, la petición, que no dejaba de ser bastante rara, y por otra, el tono, que no podía decirse a punto fijo si era de amenaza o de súplica. El hubo de comprender mi duda y se apresuró en el momento a añadir:

—Se lo pido a usted por la salud de su madre, por la mujer que más quiera en este mundo, si quiere a alguna; pídamela usted en cambio todo lo que yo pueda hacer en mi pobreza.

No supe qué contestar para eludir el compromiso. Casi, casi, hubiera preferido que viniese en son de quimera, a trueque de conservar el bosquejo de aquella mujer que tanto me había impresionado; pero sea por sorpresa del momento, sea que yo a nada sé decir que no, ello es que abrí mi cartera, saqué el papel y se lo alargué sin decir una palabra.

Referir las frases de agradecimiento del muchacho, sus exclamaciones al mirar nuevamente el dibujo a la luz del reverbero de la venta, el cuidado con que lo dobló para guardárselo en la faja, los ofrecimientos que me hizo y las alabanzas hiperbólicas con que ponderó la suerte de haber encontrado lo que él llamaba un señorito templao y neto sería tarea difícilísima, por no decir imposible. Sólo diré que como entre unas y otras se había hecho completamente de noche, que quise que no, se empeñó en acompañarme hasta la puerta de la Macarena, y tanto dio en ello que por fin me determiné a que emprendiésemos el camino juntos. El camino es bien corto, pero mientras duró encontró forma de contarme de pe a pa toda la historia de sus amores.

La venta donde se había celebrado la función era de su padre, quien le tenía prometido, para cuando se casase, una huerta que lindaba con la casa y que también le pertenecía. En cuanto a la muchacha objeto de su cariño, que me describió con los más vivos colores y las frases más pintorescas, me dijo que se llamaba Amparo, que se había criado en su casa desde muy pequeña y se ignoraba quiénes fuesen sus padres. Todo esto y cien otros detalles de más escaso interés me refirió durante el camino. Cuando llegamos a las puertas de la ciudad me dio un fuerte apretón de manos, tornó a ofrecérseme y se marchó entonando un cantar cuyos ecos se dilataban a lo lejos en el silencio de la noche. Yo permanecí un rato viéndolo ir. Su felicidad parecía contagiosa, y me sentí alegre, con una alegría extraña y sin nombre, con una alegría, por decirlo así, de reflejo.

El siguió cantando a más no poder; uno de sus cantares decía así:

*Compañerillo del alma
mira qué bonita era:
se parecía a la Virgen
de Consolación de Utrera.*

Cuando su voz comenzaba a perderse oí en las ráfagas de la brisa otra delgada y vibrante que sonaba más lejos aún. Era ella, que lo aguardaba impaciente.

Pocos días después abandoné a Sevilla, y pasaron muchos años sin que volviese a ella y olvidé muchas cosas que allí me habían sucedido; pero el recuerdo de tanta y tan ignorada y tranquila felicidad no se me borró nunca de la memoria.

II

Como he dicho, transcurrieron muchos años después que abandoné a Sevilla, sin que olvidase del todo aquella tarde, cuyo recuerdo pasaba algunas veces por mi imaginación como una brisa bienhechora que refresca el ardor de la frente.

Cuando el azar me condujo de nuevo a la gran ciudad que con tanta razón es llamada reina de Andalucía una de las cosas que más llamaron mi atención fue el notable cambio verificado durante mi ausencia. Edificios, manzanas de casas y barrios enteros habían surgido al contacto mágico de la industria y el capital: por todas partes fábricas, jardines, posesiones de recreo, frondosas alamedas; pero, por desgracia, muchas venerables antiguallas habían desaparecido.

Visité nuevamente muchos soberbios edificios, llenos de recuerdos históricos y artísticos; torné a vagar y a perderme entre las mil y mil revueltas del curioso barrio de Santa Cruz; extrañé en el curso de mis paseos muchas cosas nuevas que se han levantado no sé cómo; eché de menos muchas cosas viejas que han desaparecido no sé por qué y, por último, me dirigí a la orilla del río. La orilla del río ha sido siempre en Sevilla, el lugar predilecto de mis excursiones.

Después que hube admirado el magnífico panorama que ofrece en el punto por donde une sus opuestas márgenes el puente de hierro; después que hube recorrido con la mirada absorta los mil detalles, palacios y blancos caseríos; después que pasé revista a los innumerables buques surtos en sus aguas, que desplegaban al aire los ligeros gallardetes de mil colores, y oí el confuso hervidero del muelle, donde todo respira actividad y movimiento, remontando con la imaginación la corriente del río, me trasladé hasta San Jerónimo.

Me acordaba de aquel paisaje tranquilo, reposado y luminoso en que la rica vegetación de Andalucía despliega sin aliño sus galas naturales. Como si hubiera ido en un bote corriente arriba, vi desfilar otra vez, con ayuda de la memoria, por un lado la Cartuja con sus arboledas y sus altas y delgadas torres; por otro, el barrio de los Humeros, los antiguos murallones de la ciudad, mitad árabes, mitad romanos; las huertas con sus vallados cubiertos de zarzas y las norias que sombrean algunos árboles aislados y corpulentos, y, por último, San Jerónimo... Al llegar aquí con la imaginación se me representaron con más viveza que nunca los recuerdos que aún conservaba de la famosa venta, y me figuré que asistía de nuevo a aquellas fiestas populares y oía cantar a las muchachas, meciéndose en el columpio, y veía los corrillos de gentes del pueblo vagar por los prados, merendar unos, disputar los otros, reír éstos, bailar aquéllos, y todos agitarse, rebosando juventud, animación y alegría. Allí estaba ella, rodeada de sus hijos, lejos ya del grupo de las mozuelas, que reían y cantaban, y allí estaba él, tranquilo y satisfecho de su felicidad, mirando con ternura, reunidas a su alrededor y felices, a todas las personas que más amaba en el mundo: su mujer, sus hijos, su padre, que estaba entonces como hacía diez años, sentado a la puerta de su venta, liando impasible su cigarro de papel, sin más variación que tener blanca como la nieve la cabeza, que antes era gris.

Un amigo que me acompañaba en el paseo, notando la especie de éxtasis en que estuve abstraído con esas ideas durante algunos minutos me sacudió al fin del brazo; preguntándome:

—¿En qué piensas?

—Pensaba —le contesté— en la Venta de los Gatos, y revolví aquí, dentro de la imaginación, todos los agradables recuerdos que guardo de una tarde

que estuve en San Jerónimo... En este instante concluía una historia que dejé empezada allí y la concluía tan a mi gusto que creo no puede tener otro final que el que yo le he hecho. Y a propósito de la Venta de los Gatos —proseguí, dirigiéndome a mi amigo—, ¿cuándo nos vamos allí una tarde a merendar y a tener un rato de jarana?

—¡Un rato de jarana! —exclamó mi interlocutor, con una expresión de asombro que yo no acertaba a explicarme entonces—; ¡un rato de jarana! Pues digo que el sitio es aparente para el caso.

—¿Y por qué no? —le repliqué admirándome a mi vez de sus admiraciones.

—La razón es muy sencilla —me dijo, por último—: porque a cien pasos de la venta han hecho el nuevo cementerio.

Entonces fui yo el que lo miré con ojos asombrados y permanecí algunos instantes en silencio antes de añadir una sola palabra.

Volvimos a la ciudad y pasó aquel día y pasaron algunos otros más sin que yo pudiese desechar del todo la impresión que me había causado una noticia tan inesperada. Por más vueltas que le daba, mi historia de la muchacha morena no tenía ya fin, pues el inventado no podía concebirla, antojándoseme inverosímil un cuadro de felicidad y alegría con un cementerio por fondo.

Una tarde, resuelto a salir de dudas, pretexté una ligera indisposición para no acompañar a mi amigo en nuestros acostumbrados paseos y emprendí solo el camino de la venta. Cuando dejé a mis espaldas la Macarena y su pintoresco arrabal y comencé a cruzar por un estrecho sendero aquel laberinto de huertas ya me parecía advertir algo extraño en cuanto me rodeaba.

Bien fuese que la tarde estaba un poco encapotada, bien que la disposición de mi ánimo me inclinaba a las ideas melancólicas, lo cierto es que sentí frío y tristeza y noté un silencio que me recordaba la completa soledad como el sueño recuerda la muerte.

Anduve un rato sin detenerme, acabé por cruzar las huertas para abreviar la distancia y entré en el camino de San Lázaro, desde donde ya se divisa en lontananza el convento de San Jerónimo.

Tal vez será una ilusión; pero a mí me parece que por el camino que pasan los muertos hasta los árboles y las hierbas toman al cabo un color diferente. Por lo menos allí se me antojó que faltaban tonos calurosos y armónicos, fresca en la arboleda, ambiente en el espacio y luz en el terreno. El paisaje era monótono, las figuras negras y aisladas.

Por aquí un carro que marchaba pausadamente, cubierto de luto, sin levantar polvo, sin chasquidos de látigo, sin algazara, sin movimiento casi; más allá un hombre de mala catadura con un azadón en el hombro, o un sacerdote con su hábito talar y oscuro, o un grupo de ancianos mal vestidos o de aspecto repugnante, con cirios apagados en las manos, que volvían silenciosos, con la cabeza baja y los ojos fijos en la tierra. Yo me creía transportado no sé adónde, pues todo lo que veía me recordaba un paisaje cuyos contornos eran los mismos de siempre, pero cuyos colores se habían borrado, por decirlo así, no quedando de ellos sino una media tinta dudosa. La impresión que experimentaba sólo puede compararse a la que sentimos en esos sueños en que, por un fenómeno inexplicable, las cosas son y no son a la vez, y los sitios en que creemos hallarnos se transforman, en parte, de una manera estrambótica e imposible.

Por último, llegué al ventorrillo; lo recordé más por el rótulo, que aun conservaba escrito con grandes letras en una de sus paredes, que por nada; pues en cuanto al caserío, se me figuró que hasta había cambiado de forma y proporciones. Desde luego puedo asegurar que estaba mucho más ruinoso, abandonado y triste. La sombra del cementerio, que se alzaba en el fondo, parecía extenderse hacia él, envolviéndolo en una oscura proyección como en un sudario. El ventero estaba solo, completamente solo. Conocí que era el mismo de hacía diez años; y lo conocí por no sé qué, pues en este tiempo había envejecido hasta el punto de aparentar un viejo decrepito y moribundo, mientras que cuando lo vi no representaba apenas cincuenta años, y rebosaba salud, satisfacción y vida.

Sentéme en una de las desiertas mesas; pedí algo de beber, que me sirvió el ventero, y de una en otra palabra suelta, vinimos al cabo a entrar en una conversación tirada acerca de la historia de amores, cuyo último capítulo ignoraba todavía, a pesar de haber intentado adivinarlo varias veces.

—Todo —me dijo el pobre viejo—, todo parece que se ha conjurado contra nosotros desde la época que usted me recuerda. Ya lo sabe usted: Amparo era la niña de nuestros ojos, se había criado aquí desde que nació, casi era la alegría de la casa; nunca pudo echar de menos el suyo, porque yo la quería como un padre; mi hijo se acostumbró también a quererla desde niño, primero como un hermano, después con un cariño más grande todavía. Ya estaba en vísperas de casarse; yo les había ofrecido lo mejor de mi poca hacienda, pues con el producto de mi tráfico me parecía tener más que suficiente para vivir con desahogo, cuando no sé qué diablo malo tuvo envidia de nuestra felicidad y la deshizo en un momento. Primero comenzó a susurrarse que iban a colocar un cementerio por esta parte de San Jerónimo: unos decían que más acá, otros que más allá; y mientras todos estábamos inquietos y temerosos, temblando de que se realizase este proyecto, una desgracia mayor y más cierta cayó sobre nosotros.

Un día llegaron aquí en un carruaje dos señores. Me hicieron mil y mil preguntas acerca de Amparo, a la cual saqué yo cuando pequeña de la casa de expósitos; me pidieron los envoltorios con que la abandonaron y que yo conservaba, resultando al fin que Amparo era hija de un señor muy rico, el cual trabajó con la justicia para arrancárnosla, y trabajó tanto, que logró conseguirlo. No quiero recordar siquiera el día que se la llevaron. Ella lloraba como una Magdalena; mi hijo quería hacer una locura; yo estaba como atontado, sin comprender lo que me sucedía... ¡Se fue! Es decir, no se fue, porque nos quería mucho para irse; pero se la llevaron, y una maldición cayó sobre esta casa. Mi hijo, después de un arrebató de desesperación espantosa, cayó como en un letargo; yo no sé decir qué me pasó; creí que se me había acabado el mundo.

Mientras esto sucedía, comenzóse a levantar el cementerio; la gente huyó de estos contornos, se acabaron las fiestas, los cantares y la música, y se acabó toda la alegría de estos campos, como se había acabado toda la de nuestras almas.

Y Amparo no era más feliz que nosotros: criada aquí al aire libre, entre el bullicio y la animación de la venta, educada para ser dichosa en la pobreza,

la sacaron de esta vida y se secó como se secan las flores arrancadas de un huerto para llevarlas a un estrado. Mi hijo hizo esfuerzos increíbles por verla otra vez, para hablarle un momento. Todo fue inútil; su familia no quería. Al cabo la vio, pero la vio muerta. Por aquí pasó el entierro. Yo no sabía nada, y no sé por qué me eché a llorar cuando vi el ataúd. El corazón, que es muy leal, me decía a voces

—Esa es joven como Amparo; como ella, sería también hermosa; ¿quién sabe si será la misma? Y era; mi hijo siguió el entierro, entró en el patio, y al abrirse la caja, dio un grito, cayó sin sentido en tierra, y así me lo trajeron. Después se volvió loco, y loco está.

Cuando el pobre viejo llegaba a este punto de su narración, entraron en la venta dos enterradores, de siniestra figura y aspecto repugnante. Acabada su tarea, venían a echar un trago «a la salud de los muertos», como dijo uno de ellos, acompañando el chiste con una estúpida sonrisa. El ventero se enjugó una lágrima con el dorso de la mano, y fue a servirles.

La noche comenzaba a cerrar, oscura y tristísima. El cielo estaba negro, y el campo lo mismo. De los árboles pendía aún, medio podrida, la soga del columpio agitada por el aire; me pareció la cuerda de una horca, oscilando todavía después de haber descolgado a un reo. Sólo llegaban a mis oídos algunos rumores confusos: el ladrido lejano de los perros de las huertas, el chirrido de una noria, largo, quejumbroso y agudo como un lamento; las palabras sueltas y horribles de los sepultureros, que concertaban en voz baja un robo sacrílego... No sé; en mi memoria no ha quedado, lo mismo de esta escena fantástica de desolación, que de la otra escena de alegría, más que un recuerdo confuso, imposible de reproducir. Lo que me parece escuchar tal como lo escuché entonces es este cantar que entonó una voz plañidera, turbando de repente el silencio de aquellos lugares

*En el carro de los muertos
ha pasado por aquí;
llevaba una mano fuera,
por ella la conocí.*

Era el pobre muchacho, que estaba encerrado en una de las habitaciones de la venta, donde pasaba los días contemplando inmóvil el retrato de su amante sin pronunciar una palabra, sin comer apenas, sin llorar, sin que se abriesen sus labios más que para cantar esa copla tan sencilla y tan tierna, que encierra un poema de dolor que yo aprendí a descifrar entonces.

FIN

Para explicar esta leyenda vamos a hacer uso de los tres recursos que utiliza Bécquer. En primer lugar, empieza con la música, con el ambiente, con el aire que rodea los paisajes más musicales que dan lugar a la leyenda. De esa forma nos introduciremos con la mujer que utiliza el relato para servirnos de enlace con los personajes de la obra. Es una mujer mayor. Sin embargo, su gusto por asistir a esta ceremonia y su afán por estar en todas y cada una de ellas harán que se encuentre aquí. Así, tendremos acceso a toda la información previa que nos falta.

Maese Pérez el organista

En Sevilla, en el mismo atrio de Santa Inés, y mientras esperaba que comenzase la Misa del Gallo, oí esta tradición a una demandadera del convento.

Como era natural, después de oírla, aguardé impaciente que comenzara la ceremonia, ansioso de asistir a un prodigio.

Nada menos prodigioso, sin embargo, que el órgano de Santa Inés, ni nada más vulgar que los insulsos motetes que nos regaló su organista aquella noche.

Al salir de la Misa, no pude por menos de decirle a la demandadera con aire de burla:

—¿En qué consiste que el órgano de maese Pérez suena ahora tan mal?

—¡Toma! —me contestó la vieja—, en que ese no es el suyo.

—¿No es el suyo? ¿Pues qué ha sido de él?

—Se cayó a pedazos de puro viejo, hace una porción de años.

—¿Y el alma del organista?

—No ha vuelto a parecer desde que colocaron el que ahora les sustituye.

Si a alguno de mis lectores se le ocurriese hacerme la misma pregunta, después de leer esta historia, ya sabe el por qué no se ha continuado el milagroso portento hasta nuestros días.

I

—¿Veis ese de la capa roja y la pluma blanca en el fieltro, que parece que trae sobre su justillo todo el oro de los galeones de Indias; aquél que baja en este momento de su litera para dar la mano a esa otra señora que, después de dejar la suya, se adelanta hacia aquí, precedida de cuatro pajes con hachas? Pues ese es el Marqués de Moscoso, galán de la condesa viuda de Villapineda. Se dice que antes de poner sus ojos sobre esta dama, había pedido en matrimonio a la hija de un opulento señor; mas el padre de la doncella, de quien se murmura que es un poco avaro... Pero, ¡calle!, en hablando del ruín de Roma, cátales aquí que asoma. ¿Veis aquél que viene por debajo del arco de San Felipe, a pie, embozado en una capa oscura, y precedido de un solo criado con una linterna? Ahora llega frente al retablo.

¿Reparasteis, al desembozarse para saludar a la imagen, la encomienda que brilla en su pecho?

A no ser por ese noble distintivo, cualquiera le creería un lonjista de la calle de Culebras... Pues ese es el padre en cuestión; mirad cómo la gente del pueblo le abre paso y le saluda.

Toda Sevilla le conoce por su colosal fortuna. El sólo tiene más ducados de oro en sus arcas que soldados mantiene nuestro señor el rey Don Felipe; y con sus galeones podría formar una escuadra suficiente a resistir a la del Gran Turco...

Mirad, mirad ese grupo de señores graves: esos son los caballeros veinticuatro. ¡Hola, hola! También está el flamencote, a quien se dice que no han echado ya el guante los señores de la cruz verde, merced a su influjo con los magnates de Madrid... éste, no viene a la iglesia más que a oír música... No, pues si maese Pérez no le arranca con su órgano lágrimas como puños, bien se

En segundo lugar, nos referiremos al presunto autor de la trama. Este será el organista que ha muerto antes de que se celebre el concierto. Gracias a este organista, el órgano de Santa Inés sonará como lo hacía en su vida. El autor se quedará en la sombra. Esto le dará a la leyenda ese toque de misterio que nos servirá para introducirnos en ella.

En tercer término, nos iremos con ellos al final de la obra. Entonces todo se nos desvelará. El final del relato aparecerá desnudo. Todo será una magnífica sorpresa. El auge que provoca la leyenda en los que asisten a su realización ya no podrá tener término final nunca. Ya todo será el relato de Maese Pérez el organista, verdadera mano que hace vibrar la obra en el mundo de los muertos. De ahí a los vivos habrá una delgada línea que cruzará las manos de los que han sido condenados a pulsar la magnificencia total de la rima.

puede asegurar que no tiene su alma en su almario, sino friéndose en las calderas de Pero Botero...

¡Ay vecina! Malo... malo... presumo que vamos a tener jarana; yo me refugio en la iglesia; pues por lo que veo, aquí van a andar más de sobra los cintarazos que los Paternóster. —Mirad, mirad; las gentes del duque de Alcalá doblan la esquina de la Plaza de San Pedro, y por el callejón de las Dueñas se me figura que he columbrado a las del de Medinasidonia. ¿No os lo dije?

Ya se han visto, ya se detienen unos y otros, sin pasar de sus puestos... los grupos se disuelven... los ministriles, a quienes en estas ocasiones apalean amigos y enemigos, se retiran... hasta el señor asistente, con su vara y todo, se refugia en el atrio... y luego dicen que hay justicia.

Para los pobres...

Vamos, vamos, ya brillan los broqueles en la oscuridad... ¡Nuestro Señor del Gran Poder nos asista! Ya comienzan los golpes...; ¡vecina! ¡vecina!, aquí... antes que cierren las puertas. Pero ¡calle! ¿Qué es eso? Aún no han comenzado cuando lo dejan. ¿Qué resplandor es aquél?... ¡Hachas encendidas! ¡Literas! Es el señor obispo.

La Virgen Santísima del Amparo, a quien invocaba ahora mismo con el pensamiento, lo trae en mi ayuda... ¡Ay! ¡Si nadie sabe lo que yo debo a esta Señora!... ¡Con cuánta usura me paga las candelillas que le enciendo los sábados!... Vedlo, qué hermosote está con sus hábitos morados y su birrete rojo... Dios le conserve en su silla tantos siglos como yo deseo de vida para mí. Si no fuera por él, media Sevilla hubiera ya ardido con estas disensiones de los duques. Vedlos, vedlos, los hipocritones, cómo se acercan ambos a la litera del prelado para besarle el anillo... Cómo le siguen y le acompañan, confundándose con sus familiares. Quién diría que esos dos que parecen tan amigos, si dentro de media hora se encuentran en una calle oscura... es decir, ¡ellos... ellos!... Líbreme Dios de creerlos cobardes; buena muestra han dado de sí, peleando en algunas ocasiones contra los enemigos de Nuestro Señor... Pero es la verdad, que si se buscaran... y si se buscaran con ganas de encontrarse, se encontrarían, poniendo fin de una vez a estas continuas reyertas, en las cuales

los que verdaderamente baten el cobre de firme son sus deudos, sus allegados y su servidumbre.

Pero vamos, vecina, vamos a la iglesia, antes que se ponga de bote en bote... que algunas noches como ésta suele llenarse de modo que no cabe ni un grano de trigo... Buena ganga tienen las monjas con su organista... ¿Cuándo se ha visto el convento tan favorecido como ahora?... De las otras comunidades, puedo decir que le han hecho a Maese Pérez proposiciones magníficas; verdad que nada tiene de extraño, pues hasta el señor arzobispo le ha ofrecido montes de oro por llevarle a la catedral... Pero él, nada... Primero dejaría la vida que abandonar su órgano favorito... ¿No conocéis a maese Pérez? Verdad es que sois nueva en el barrio... Pues es un santo varón; pobre, sí, pero limosnero cual no otro... Sin más parientes que su hija ni más amigo que su órgano, pasa su vida entera en velar por la inocencia de la una: y componer los registros del otro... ¡Cuidado que el órgano es viejo!... Pues nada, él se da tal maña en arreglarlo y cuidarlo, que suena que es una maravilla... Como le conoce de tal modo, que a tientas... porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre señor es ciego de nacimiento... Y ¡con qué paciencia lleva su desgracia!... Cuando le preguntan que cuánto daría por ver, responde: Mucho, pero no tanto como creéis, porque tengo esperanzas. —¿Esperanzas de ver?— Sí, y muy pronto —añade sonriéndose como un ángel—; ya cuento setenta y seis años; por muy larga que sea mi vida, pronto veré a Dios...

¡Pobrecito! Y sí lo verá... porque es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo... Siempre dice que no es más que un pobre organista de convento, y puede dar lecciones de solfa al mismo maestro de capilla de la Primada; como que echó los dientes en el oficio... Su padre tenía la misma profesión que él; yo no le conocí, pero mi señora madre, que santa gloria haya, dice que le llevaba siempre al órgano consigo para darle a los fuelles. Luego, el muchacho mostró tales disposiciones que, como era natural, a la muerte de su padre heredó el cargo... ¡Y qué manos tiene! Dios se las bendiga. Merecía que se las llevaran a la calle de Chicarreros y se las engarzasen en oro... Siempre toca bien, siempre, pero en semejante noche como ésta es un prodigio... él tiene

una gran devoción por esta ceremonia de la Misa del Gallo, y cuando levantan la Sagrada Forma al punto y hora de las doce, que es cuando vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo... las voces de su órgano son voces de ángeles...

En fin, ¿para qué tengo de ponderarle lo que esta noche oirá? baste el ver como todo lo más florido de Sevilla, hasta el mismo señor arzobispo, vienen a un humilde convento para escucharle: y no se crea que sólo la gente sabida y a la que se le alcanza esto de la solfa conocen su mérito, sino que hasta el populacho. Todas esas bandadas que veis llegar con teas encendidas entonando villancicos con gritos desaforados al compás de los panderos, las sonajas y las zambombas, contra su costumbre, que es la de alborotar las iglesias, callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano... y cuando alzan... cuando alzan no se siente una mosca... de todos los ojos caen lagrimones tamaños, y al concluir se oye como un suspiro inmenso, que no es otra cosa que la respiración de los circunstantes, contenida mientras dura la música... Pero vamos, vamos, ya han dejado de tocar las campanas, y va a comenzar la Misa, vamos adentro...

Para todo el mundo es esta noche Noche-Buena, pero para nadie mejor que para nosotros.

Esto diciendo, la buena mujer que había servido de cicerone a su vecina, atravesó el atrio del convento de Santa Inés, y codazo en éste, empujón en aquél, se internó en el templo, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.

II

La iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar sus ámbitos, chispeaba en los ricos joyeles de las damas que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendían los pajes y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron a formar un brillante círculo alrededor de la verja del presbiterio. Junto a aquella verja, de pie, envueltos en sus capas de color galoneadas de oro, dejando entrever con

estudiado descuido las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices, la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatro, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y a sus esposas del contacto de la plebe. Ésta, que se agitaba en el fondo de las naves, con un rumor parecido al del mar cuando se alborota, prorrumpió en una aclamación de júbilo, acompañada del discordante sonido de las sonajas y los panderos, al mirar aparecer al arzobispo, el cual, después de sentarse junto al altar mayor bajo un solio de grana que rodearon sus familiares, echó por tres veces la bendición al pueblo.

Era la hora de que comenzase la Misa.

Transcurrieron, sin embargo, algunos minutos sin que el celebrante apareciese. La multitud comenzaba a rebullirse, demostrando su impaciencia; los caballeros cambiaban entre sí algunas palabras a media voz, y el arzobispo mandó a la sacristía a uno de sus familiares a inquirir el por qué no comenzaba la ceremonia.

—Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche a la Misa de media noche.

Ésta fue la respuesta del familiar.

La noticia cundió instantáneamente entre la muchedumbre. Pintar el efecto desagradable que causó en todo el mundo, sería cosa imposible; baste decir que comenzó a notarse tal bullicio en el templo, que el asistente se puso de pie y los alguaciles entraron a imponer silencio, confundándose entre las apiñadas olas de la multitud.

En aquel momento, un hombre mal trazado, seco huesudo y bisojo por añadidura, se adelantó hasta el sitio que ocupaba el prelado.

—Maese Pérez está enfermo —dijo—; la ceremonia no puede empezar. Si queréis, yo tocaré el órgano en su ausencia; que ni maese Pérez, es el primer organista del mundo, ni a su muerte dejará de usarse este instrumento por falta de inteligente.

El arzobispo hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y ya algunos de los fieles que conocían a aquel personaje extraño por un organista envidio-

so, enemigo del de Santa Inés, comenzaban a prorrumpir en exclamaciones de disgusto, cuando de improviso se oyó en el atrio un ruido espantoso.

—¡Maese Pérez está aquí!... ¡Maese Pérez está aquí!...

A estas voces de los que estaban apiñados en la puerta, todo el mundo volvió la cara.

Maese Pérez, pálido y desencajado, entraba en efecto en la iglesia, conducido en un sillón, que todos se disputaban el honor de llevar en sus hombros.

Los preceptos de los doctores, las lágrimas de su hija, nada había sido bastante a detenerle en el lecho.

—No —había dicho—; ésta es la última, lo conozco, lo conozco, y no quiero morir sin visitar mi órgano, y esta noche sobre todo, la Noche-Buena. Vamos, lo quiero, lo mando; vamos a la iglesia.

Sus deseos se habían cumplido; los concurrentes le subieron en brazos a la tribuna, y comenzó la Misa.

En aquel punto sonaban las doce en el reloj de la catedral.

Pasó el introito y el Evangelio y el ofertorio, y llegó el instante solemne en que el sacerdote, después de haberla consagrado, toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y comienza a elevarla.

Una nube de incienso que se desenvolvía en ondas azuladas llenó el ámbito de la iglesia; las campanillas repicaron con un sonido vibrante, y maese Pérez puso sus crispadas manos sobre las teclas del órgano.

Las cien voces de sus tubos de metal resonaron en un acorde majestuoso y prolongado, que se perdió poco a poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos.

A este primer acorde, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave que fue creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atronadora armonía.

Era la voz de los ángeles que atravesando los espacios, llegaba al mundo.

Después comenzaron a oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines; mil himnos a la vez, que al confundirse formaban uno solo, que, no obstante, era no más el acompañamiento de una extraña melodía,

que parecía flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos, como un jirón de niebla sobre las olas del mar.

Luego fueron perdiéndose unos cantos, después otros; la combinación se simplificaba. Ya no eran más que dos voces, cuyos ecos se confundían entre sí; luego quedó una aislada, sosteniendo una nota brillante como un hilo de luz... El sacerdote inclinó la frente, y por encima de su cabeza cana y como a través de una gasa azul que fingía el humo del incienso, apareció la Hostia a los ojos de los fieles. En aquel instante la nota que maese Pérez sostenía trinando, se abrió, se abrió, y una explosión de armonía gigante estremeció la iglesia, en cuyos ángulos zumbaba el aire comprimido, y cuyos vidrios de colores se estremecían en sus angostos ajimeces.

De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde, se desarrolló un tema; y unos cerca, otros lejos, éstos brillantes, aquéllos sordos, diríase que las aguas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos, cantaban cada cual en su idioma un himno al nacimiento del Salvador.

La multitud escuchaba atónita y suspendida. En todos los ojos había una lágrima, en todos los espíritus un profundo recogimiento.

El sacerdote que oficiaba sentía temblar sus manos, porque Aquél que levantaba en ellas, Aquél a quien saludaban hombres y arcángeles era su Dios, era su Dios, y le parecía haber visto abrirse los cielos y transfigurarse la Hostia.

El órgano proseguía sonando; pero sus voces se apagaban gradualmente, como una voz que se pierde de eco en eco y se aleja y se debilita al alejarse, cuando de pronto sonó un grito en la tribuna, un grito desgarrador, agudo, un grito de mujer.

El órgano exhaló un sonido discorde y extraño, semejante a un sollozo, y quedó mudo.

La multitud se agolpó a la escalera de la tribuna, hacia la que, arrancados de su éxtasis religioso, volvieron la mirada con ansiedad todos los fieles.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa?, se decían unos a otros, y nadie sabía responder, y todos se empeñaban en adivinarlo, y crecía la confusión, y el albo-

roto comenzaba a subir de punto, amenazando turbar el orden y el recogimiento propios de la iglesia.

—¿Qué ha sido eso?, preguntaban las damas al asistente, que precedido de los ministriles, fue uno de los primeros a subir a la tribuna, y que, pálido y con muestras de profundo pesar, se dirigía al puesto en donde le esperaba el arzobispo, ansioso, como todos, por saber la causa de aquel desorden.

—¿Qué hay?

—Que maese Pérez acaba de morir.

En efecto, cuando los primeros fieles, después de atropellarse por la escalera, llegaron a la tribuna, vieron al pobre organista caído de boca sobre las teclas de su viejo instrumento, que aún vibraba sordamente, mientras su hija, arrodillada a sus pies, le llamaba en vano entre suspiros y sollozos.

III

—Buenas noches, mi señora doña Baltasara, ¿también usarced viene esta noche a la Misa del Gallo? Por mi parte tenía hecha intención de ir a oír a la parroquia; pero lo que sucede... ¿Dónde va Vicente? Donde va la gente. Y eso que, si he de decir la verdad, desde que murió maese Pérez parece que me echan una losa sobre el corazón cuando entro en Santa Inés... ¡Pobrecito! ¡Era un Santo!... Yo de mí sé decir, que conservo un pedazo de su jubón como una reliquia, y lo merece..., pues, en Dios y en mi ánima, que si el señor arzobispo tomara mano en ello, es seguro que nuestros nietos le verían en los altares... Mas ¡cómo ha de ser!... A muertos y a idos, no hay amigos... Ahora lo que priva es la novedad... ya me entiende usarced. ¡Qué! ¿No sabe nada de lo que pasa? Verdad que nosotras nos parecemos en eso: de nuestra casita a la iglesia, y de la iglesia a nuestra casita, sin cuidarnos de lo que se dice o déjase de decir...; sólo que yo, así... al vuelo... una palabra de acá, otra de acullá... sin ganas de enterarme siquiera, suelo estar al corriente de algunas novedades.... Pues, sí, señor; parece cosa hecha que el organista de San Román, aquel bisojo, que siempre está echando pestes de los

otros organistas; perdulariote, que más parece jifero de la puerta de la Carne que maestro de solfa, va a tocar esta Noche-Buena en lugar de Maese Pérez. Ya sabrá usarced, porque esto lo ha sabido todo el mundo y es cosa pública en Sevilla, que nadie quería comprometerse a hacerlo. Ni aun su hija, que es profesora, y después de la muerte de su padre entró en el convento de novicia. Y era natural: acostumbrados a oír aquellas maravillas, cualquiera otra cosa había de parecernos mala, por más que quisieran evitarse las comparaciones. Pues cuando ya la comunidad había decidido que, en honor del difunto y como muestra de respeto a su memoria, permanecería callado el órgano en esta noche, hete aquí que se presenta nuestro hombre, diciendo que él se atreve a tocarlo... No hay nada más atrevido que la ignorancia... Cierto que la culpa no es suya, sino de los que le consienten esta profanación...; pero así va el mundo... y digo... no es cosa la gente que acude... cualquiera diría que nada ha cambiado desde un año a otro. Los mismos personajes, el mismo lujo, los mismos empellones en la puerta, la misma animación en el atrio, la misma multitud en el templo... ¡Ay si levantara la cabeza el muerto! Se volvía a morir por no oír su órgano tocado por manos semejantes. Lo que tiene que, si es verdad lo que me han dicho las gentes del barrio, le preparan una buena al intruso. Cuando llegue el momento de poner la mano sobre las teclas, va a comenzar una algarabía de sonajas, panderos y zambombas que no hay más que oír... Pero, ¡calle!, ya entra en la iglesia el héroe de la función. ¡Jesús, qué ropilla de colorines, qué gorguera de cañutos, qué aire de personaje! Vamos, vamos, que ya hace rato que llegó el arzobispo, y va a comenzar la Misa...; vamos, que me parece que esta noche va a darnos que contar para muchos días.

Esto diciendo la buena mujer, que ya conocen nuestros lectores por sus ex abruptos de locuacidad, penetró en Santa Inés, abriéndose, según costumbre un camino entre la multitud a fuerza de empellones y codazos.

Ya se había dado principio a la ceremonia.

El templo estaba tan brillante como el año anterior.

El nuevo organista, después de atravesar por en medio de los fieles que ocupaban las naves para ir a besar el anillo del prelado, había subido a la tribu-

na, donde tocaba unos tras otros los registros del órgano, con una gravedad tan afectada como ridícula.

Entre la gente menuda que se apiñaba a los pies de la iglesia se oía un rumor sordo y confuso, cierto presagio de que la tempestad comenzaba a fraguarse y no tardaría mucho en dejarse sentir.

—Es un truhán, que por no hacer nada bien, ni aun mira a derechas, decían los unos.

—Es un ignorantón que, después de haber puesto el órgano de su parroquia peor que una carraca, viene a profanar el de maese Pérez, decían los otros.

Y mientras éste se desembarazaba del capote para prepararse a darle de firme a su pandero, y aquél apercibía sus sonajas, y todos se disponían a hacer bulla a más y mejor, sólo alguno que otro se aventuraba a defender tibiamente al extraño personaje, cuyo porte orgulloso y pedantesco hacía tan notable contraposición con la modesta apariencia y la afable bondad del difunto maese Pérez.

Al fin llegó el esperado momento, el momento solemne en que el sacerdote, después de inclinarse y murmurar algunas palabras santas, tomó la Hostia en sus manos... Las campanillas repicaron, semejando su repique una lluvia de notas de cristal; se elevaron las diáfanas ondas de incienso, y sonó el órgano.

Una estruendosa algarabía llenó los ámbitos de la iglesia en aquel instante y ahogó su primer acorde.

Zampoñas, gaitas, sonajas, panderos, todos los instrumentos del populacho, alzaron sus discordantes voces a la vez; pero la confusión y el estrépito sólo duró algunos segundos. Todos a la vez, como habían comenzado, enmudecieron de pronto.

El segundo acorde, amplio, valiente, magnífico, se sostenía aún brotando de los tubos de metal del órgano, como una cascada de armonía inagotable y sonora.

Cantos celestes como los que acarician los oídos en los momentos de éxtasis; cantos que percibe el espíritu y no los puede repetir el labio; notas sueltas de una melodía lejana, que suenan a intervalos traídas en las ráfagas del viento; rumor de hojas que se besan en los árboles con un murmullo semejante al de la lluvia; trinos de alondras que se levantan gorjeando de entre las flores

como una saeta despedida a las nubes; estruendos sin nombre, imponentes como los rugidos de una tempestad; coros de serafines sin ritmo ni cadencia, ignota música del cielo que sólo la imaginación comprende; himnos alados, que parecían remontarse al trono del Señor como una tromba de luz y de sonidos... todo lo expresaban las cien voces del órgano, con más pujanza, con más misteriosa poesía, con más fantástico color que lo habían expresado nunca.

Cuando el organista bajó de la tribuna, la muchedumbre que se agolpó a la escalera fue tanta y tanto su afán por verle y admirarle, que el asistente, temiendo, no sin razón, que le ahogaran entre todos, mandó a algunos de sus ministriles para que, vara en mano, le fueran abriendo camino hasta llegar al altar mayor, donde el prelado le esperaba.

—Ya veis, le dijo este último cuando le trajeron a su presencia; vengo desde mi palacio aquí sólo por escucharos. ¿Seréis tan cruel como maese Pérez, que nunca quiso excusarme el viaje, tocando la Noche-Buena en la Misa de la catedral?

—El año que viene —respondió el organista—, prometo daros gusto, pues por todo el oro de la tierra no volvería a tocar este órgano.

—¿Y por qué? interrumpió el prelado.

—Porque... —añadió el organista, procurando dominar la emoción que se revelaba en la palidez de su rostro— porque es viejo y malo, y no puede expresar todo lo que se quiere.

El arzobispo se retiró, seguido de sus familiares. Unas tras otras, las literas de los señores fueron desfilando y perdiéndose en las revueltas de las calles vecinas; los grupos del atrio se disolvieron, dispersándose los fieles en distintas direcciones; y ya la demandadera se disponía a cerrar las puertas de la entrada del atrio, cuando se divisaban aún dos mujeres que, después de persignarse y murmurar una oración ante el retablo del arco de San Felipe, prosiguieron su camino, internándose en el callejón de las Dueñas.

—¿Qué quiere usarced, mi señora doña Baltasara? —decía la una—, yo soy de este genial. Cada loco con su tema... Me lo habían de asegurar capuchi-

nos descalzos y no lo creería del todo... Ese hombre no puede haber tocado lo que acabamos de escuchar... Si yo lo he oído mil veces en San Bartolomé, que era su parroquia, y de donde tuvo que echarle el señor cura por malo, y era cosa de taparse los oídos con algodones... Y luego, si no hay más que mirarle al rostro, que según dicen, es el espejo del alma... Yo me acuerdo, pobrecito, como si lo estuviera viendo, me acuerdo de la cara de maese Pérez, cuando en semejante noche como ésta bajaba de la tribuna, después de haber suspendido al auditorio con sus primores... ¡Qué sonrisa tan bondadosa, qué color tan animado!... Era viejo y parecía un ángel... no que éste ha bajado las escaleras a trompicones, como sí le ladrara un perro en la meseta, y con un color de difunto y unas... Vamos mi señora doña Baltasara, créame usarced, y créame con todas veras... yo sospecho que aquí hay busilis...

Comentando las últimas palabras, las dos mujeres doblaban la esquina del callejón y desaparecían.

Creemos inútil decir a nuestros lectores quién era una de ellas.

IV

Había transcurrido un año más. La abadesa del convento de Santa Inés y la hija de maese Pérez hablaban en voz baja, medio ocultas entre las sombras del coro de la iglesia. El esquilón llamaba a voz herida a los fieles desde la torre, y alguna que otra rara persona atravesaba el atrio, silencioso y desierto esta vez, y después de tomar el agua bendita en la puerta, escogía un puesto en un rincón de las naves, donde unos cuantos vecinos del barrio esperaban tranquilamente que comenzara la Misa del Gallo.

—Ya lo veis —decía la superiora—, vuestro temor es sobremanera pueril; nadie hay en el templo; toda Sevilla acude en tropel a la catedral esta noche. Tocad vos el órgano y tocadle sin desconfianza de ninguna clase; estaremos en comunidad... Pero... proseguís callando, sin que cesen vuestros suspiros. ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis?

—Tengo... miedo —exclamó la joven con un acento profundamente conmovido.

—¡Miedo! ¿De qué?

—No sé... de una cosa sobrenatural... Anoche, mirad, yo os había oído decir que teníais empeño en que tocara el órgano en la Misa, y ufana con esta distinción pensé arreglar sus registros y templarle, al fin de que hoy os sorprendiese... Vine al coro... sola... abrí la puerta que conduce a la tribuna... En el reloj de la catedral sonaba en aquel momento una hora... no sé cuál... Pero las campanas eran tristísimas y muchas... muchas... estuvieron sonando todo el tiempo que yo permanecí como clavada en el dintel, y aquel tiempo me pareció un siglo.

La iglesia estaba desierta y oscura... Allí lejos, en el fondo, brillaba como una estrella perdida en el cielo de la noche una luz muribunda... la luz de la lámpara que arde en el altar mayor... A sus reflejos debilísimos, que sólo contribuían a hacer más visible todo el profundo horror de las sombras, vi... le vi, madre, no lo dudéis, vi a un hombre que en silencio y vuelto de espaldas hacia el sitio en que yo estaba recorría, con una mano las teclas del órgano, mientras tocaba con la otra sus registros... y el órgano sonaba; pero sonaba de una manera indescriptible. Cada una de sus notas parecía un sollozo ahogado dentro del tubo de metal, que vibraba con el aire comprimido en su hueco, y reproducía el tono sordo, casi imperceptible, pero justo.

Y el reloj de la catedral continuaba dando la hora, y el hombre aquel proseguía recorriendo las teclas. Yo oía hasta su respiración.

El horror había helado la sangre de mis venas; sentía en mi cuerpo como un frío glacial y en mis sienes fuego... Entonces quise gritar, pero no pude. El hombre aquel había vuelto la cara y me había mirado., digo mal, no me había mirado, porque era ciego... ¡Era mi padre!

¡Bah!, hermana, desechad esas fantasías con que el enemigo malo procura turbar las imaginaciones débiles... Rezad un Paternóster y un Avemaría al arcángel San Miguel, jefe de las milicias celestiales, para que os asista contra los malos espíritus. Llevad al cuello un escapulario tocado en la reliquia de San

Pacomio, abogado contra las tentaciones, y marchad, marchad a ocupar la tribuna del órgano; la Misa va a comenzar, y ya esperan con impaciencia los fieles... Vuestro padre está en el cielo, y desde allí, antes que daros sustos, bajará a inspirar a su hija en esta ceremonia solemne, para el objeto de tan especial devoción.

La priora fue a ocupar su sillón en el coro en medio de la Comunidad. La hija de maese Pérez abrió con mano temblorosa la puerta de la tribuna para sentarse en el banquillo del órgano, y comenzó la Misa.

Comenzó la Misa y prosiguió sin que ocurriese nada de notable hasta que llegó la consagración. En aquel momento sonó el órgano, y al mismo tiempo que el órgano un grito de la hija de maese Pérez.

La superiora, las monjas y algunos de los fieles corrieron a la tribuna.

¡Miradle! ¡Miradle!, decía la joven fijando sus desencajados ojos en el banquillo, de donde se había levantado asombrada para agarrarse con sus manos convulsas al barandal de la tribuna.

Todo el mundo fijó sus miradas en aquel punto. El órgano estaba solo, y no obstante, el órgano seguía sonando... sonando como sólo los arcángeles podrían imitarlo en sus raptos de místico alborozo.

—¡No os lo dije yo una y mil veces, mi señora doña Baltasara, no os lo dije yo!... ¡Aquí hay busilis! Oído; ¡qué!, ¿no estuvisteis anoche en la Misa del Gallo? Pero, en fin, ya sabréis lo que pasó. En toda Sevilla no se habla de otra cosa... El señor arzobispo está hecho y con razón una furia... Haber dejado de asistir a Santa Inés; no haber podido presenciar el portentoso... y ¿para qué?, para oír una cencerrada; porque personas que lo oyeron dicen que lo que hizo el dichoso organista de San Bartolomé en la catedral no fue otra cosa... —Si lo decía yo. Eso no puede haberlo tocado el bisojo, mentira... aquí hay busilis, y el busilis era, en efecto, el alma de maese Pérez.

FIN

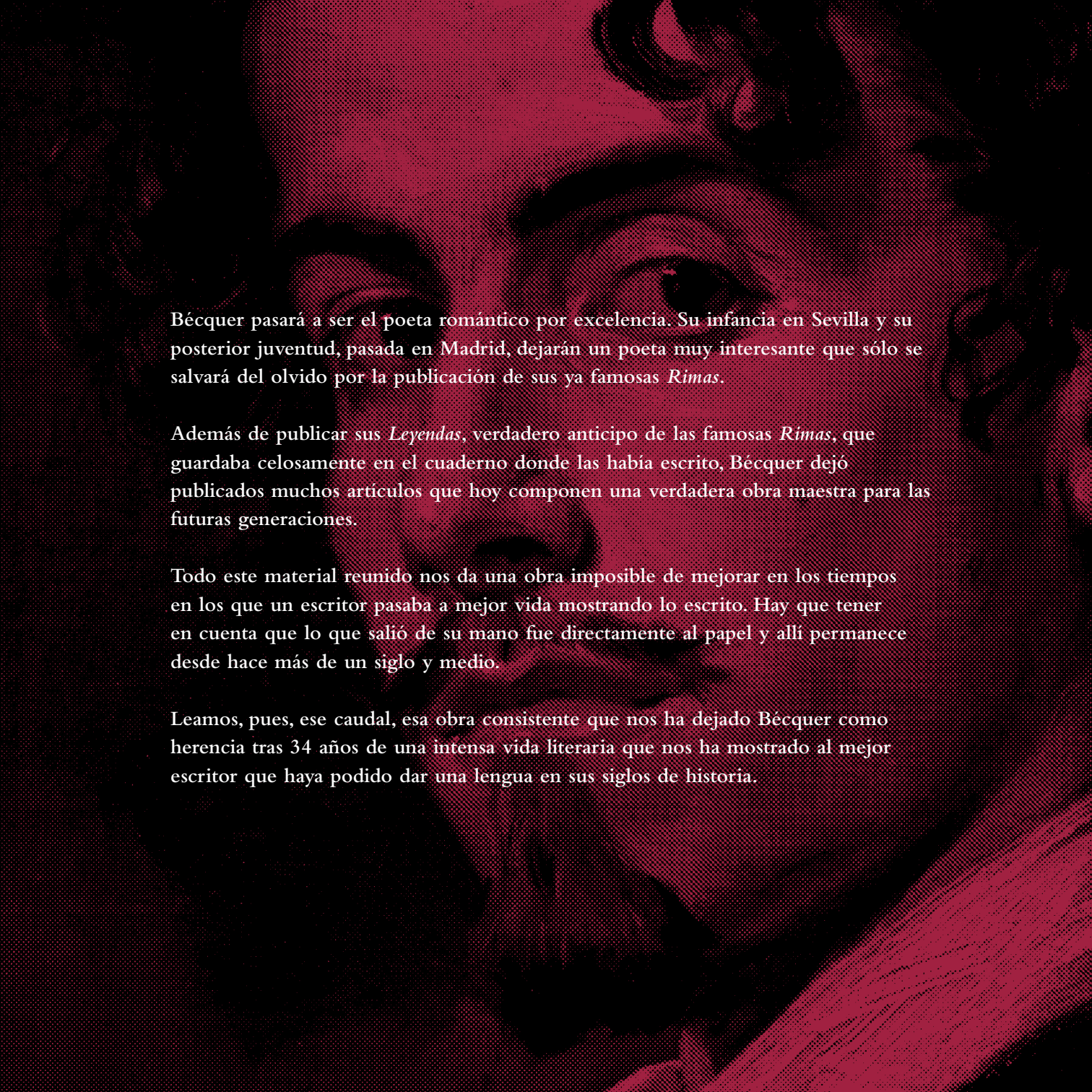
Bibliografía sumaria

Gustavo Adolfo Bécquer. *Rimas. Leyendas y relatos orientales*. Edición de María Pilar Palomo y Jesús Rubio Jiménez. Editorial Fundación José Manuel Lara, 2015

Montesinos Rafael. *Bécquer, biografía e imagen*. Barcelona, ediciones R.M. 1977

Pageard, Robert. *Bécquer, leyenda y realidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1990

Reyes Cano, Rogelio, *Sevilla en la obra de Bécquer*, Sevilla, Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento. Biblioteca de Temas sevillanos, 1980



Bécquer pasará a ser el poeta romántico por excelencia. Su infancia en Sevilla y su posterior juventud, pasada en Madrid, dejarán un poeta muy interesante que sólo se salvará del olvido por la publicación de sus ya famosas *Rimas*.

Además de publicar sus *Leyendas*, verdadero anticipo de las famosas *Rimas*, que guardaba celosamente en el cuaderno donde las había escrito, Bécquer dejó publicados muchos artículos que hoy componen una verdadera obra maestra para las futuras generaciones.

Todo este material reunido nos da una obra imposible de mejorar en los tiempos en los que un escritor pasaba a mejor vida mostrando lo escrito. Hay que tener en cuenta que lo que salió de su mano fue directamente al papel y allí permanece desde hace más de un siglo y medio.

Leamos, pues, ese caudal, esa obra consistente que nos ha dejado Bécquer como herencia tras 34 años de una intensa vida literaria que nos ha mostrado al mejor escritor que haya podido dar una lengua en sus siglos de historia.



CENTRO-ANDALUZ-DE-LAS-LETRAS

BÉCQUER se fue el día 22 de diciembre de 1870 a esa región donde solo habitan el desamparo y el olvido. Las *Rimas* no las vio publicadas en vida. Sin embargo, una gran extensión de lo que leyó en su época está reflejado en esas composiciones que llevan lo mejor de su obra.

Bécquer no sólo es el arquetipo del Romanticismo, sino que ha influido en los que vinieron después de él. Marcó un antes y un después. No solo abre la poesía al futuro, sino que además la escribe. Por tanto su obra siempre quedará transida por los versos que escribiera en vida.

Podemos decir que Bécquer escribe no solamente lo que le pasa a él, lo que siente él, sino lo que nos pasa a todos. Es un poeta universal. En su obra están todos los factores que ayudan a comprender y a descifrar la poesía desde todos los puntos de vista. Así se convierte en un poeta total, que con solo una obra mal editada y sin cobrar dinero alguno por ella, ha conseguido trascender gracias a la difusión de las *Rimas*.



9 788499 593609